

*John Lukacs*

# EL HITLER DE LA HISTORIA JUICIO A LOS BIÓGRAFOS DE HITLER

## VIII Admiradores y defensores, declarados y ocultos

*Principales argumentos para la  
rehabilitación de Hitler.- La jerarquía  
relativa de sus defensores.- Sus  
argumentaciones.*

Ya hemos visto que más de cincuenta años después de la muerte de Hitler aún quedan preguntas significativas respecto a él. Esto no es raro. La Historia no es una ciencia física. La *biografía* no es *biología*. Todo lo que conocemos lo conocemos a través de la mirada retrospectiva, y la retrospectión es susceptible de cambiar. Existe otro límite inevitable de la condición humana: aunque la perspectiva no es idéntica a la realidad, es un componente inevitable de ésta. En sus memorias, el káiser Guillermo II escribió que "la verdad histórica no es menos sagrada que la religión". Sagrada sí, pero no más pura,<sup>1</sup> ya que lo que nos es dado no es la verdad pura, sino la búsqueda de la verdad y esa búsqueda es inseparable de los propósitos de quienes la llevan a cabo. Esto no significa que la verdad sea relativa -esto es, tan variable que prácticamente no tiene sentido- o que no sea lo contrario a la falsedad. La "relativización" de Hitler y del nacionalsocialismo puede que no sea el más afortunado de los términos, excepto cuando se refiere a los propósitos de "aquellos que relativizan". Si su propósito es la rehabilitación, eso debería detectarse en su selección de los "hechos" y de su propio vocabulario. Esto se cumple en numerosos admiradores o defensores de Hitler, tanto si admiten o se dan cuenta de sus propósitos como si no. Algunos historiadores (Zitelmann, por ejemplo) evocan un vocabulario físico hoy día anticuado (y en origen

---

<sup>1</sup> La religión tampoco es pura, debido a su inevitable aleación humana; no obstante, sin esa aleación, la fe, igual que el oro, es inservible.

cartesiano) que sugiere que los prejuicios "subjetivos" han nublado una representación histórica "objetiva" de Hitler. Por otro lado, Maser se refiere al "libro compuesto de modo muy subjetivo"<sup>2</sup> del impasible admirador de Hitler, Hans Severus Ziegler, como si "subjetivo" fuera lo bastante esclarecedor.

A lo largo de todo este libro hemos conocido algunos de los argumentos planteados por historiadores aficionados y profesionales, y otras personas, con el propósito de revisar elementos importantes en la historia de Hitler; éste puede ser el lugar para resumir los más destacados, de modo tan breve como sea posible. Más de cincuenta años después de su muerte es -o debería ser- incontestable que Hitler fue un hombre más complejo -y también más reservado- de lo que se ha supuesto durante mucho tiempo, y que sus facultades intelectuales eran considerables. Además, quienes hacen apología de él tienden a enfatizar el lado sensible, artístico o sorprendentemente humano de su personalidad, a menudo de manera partidista. Está igualmente desenfocado su retrato de la felicidad y la prosperidad que Hitler trajo al pueblo alemán en la década de 1930, sin mencionar, y menos aún resaltar, los elementos más oscuros de esa imagen general. Además existe, tanto entre los apologistas extremos como entre los rehabilitadores cautos, una tendencia a exonerar a Hitler -al menos de modo parcial- de la responsabilidad de haber comenzado la Segunda Guerra Mundial. Esto se consigue enfatizando los propósitos belicosos y la rígida reticencia a hacer concesiones de sus enemigos, en particular de los polacos y británicos.<sup>3</sup> Además, se ha dado una creciente tendencia a absolver a Hitler, al menos en parte, de su paso más fatídico en la guerra, su decisión de atacar Rusia en 1941, al argumentar -sobre la base de una documentación muy cuestionable- que Stalin estaba a punto de atacar Alemania en 1941.<sup>4</sup> En los capítulos precedentes con frecuencia he dirigido la atención hacia la tesis de la guerra dual, según la cual la guerra con la Unión Soviética era tanto comprensible como excusable, puesto que suponía una defensa no sólo de Alemania, sino de Europa y la civilización occidental, en la que Alemania sirvió de baluarte contra el bolchevismo. Una variante que nace de este argumento acusa a los aliados, en especial a Churchill, de haber sido ciegos ante los

---

<sup>2</sup> En Werner Maser, *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 283. Ziegler, *Wer war Hitler?*, Tubinga, 1970; un apologista y admirador extremo.

<sup>3</sup> Esta tendencia aparece incluso en obras serias. Dos ejemplos: Oswald Hauser, *England und das Dritte Reich. Eine dokumentierte Geschichte der englisch-deutschen Beziehungen von 1933 bis 1939 auf Grund unveröffentlichten Akten aus den britischen Staatsarchiv*, I-II, Gotinga y Zúrich, 1982. Un largo comentario en Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983*, p. 56: Hauser tiende a "exonerar a Hitler, incluso a asegurar en parte su inocencia [teilweise sogar zu verharmlosen] al tiempo que acusa al lado británico". En un grado mucho menor, esto también puede aplicarse a Dietrich Aigner, *Das Ringen um England*, Múnich, 1969.

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, Günter Gillissen en el respetable FAZ, 2 de agosto de 1945; otros artículos de este autor han culpado a los británicos de los horrores de la guerra aérea.

peligros del comunismo y haber contribuido de este modo al colapso de Europa gracias a su odio hacia Alemania.<sup>5</sup>

Otro ejemplo de este tipo de "relativización" es restar importancia a los méritos de la resistencia alemana, siendo los ejemplos más extremos aquellos que consisten en manchar la reputación de los conspiradores de julio de 1944 (igual que la de la mayoría de los oponentes de Hitler). Finalmente, hemos visto a Irving alegar que Hitler no fue responsable del exterminio de los judíos en Europa, que éste fue decidido y perpetrado por otros y que lugares como Auschwitz fueron campos de trabajo antes que campos de exterminio. En el mismo sentido, hay argumentos en libros y panfletos de otros autores respecto a que las opiniones aceptadas sobre la magnitud del Holocausto han sido falsificadas por propagandistas decididos a oscurecer la "verdad objetiva".

Lo que tienen en común todas estas obras es su exageración desmesurada. Sí que hay una brizna de verdad (¿o deberíamos llamarla realidad?) en casi todas ellas, pero no es ni cualitativa ni cuantitativamente suficiente como para exigir una consideración seria. Al mismo tiempo, debemos distinguir entre esas obras y sus autores. Aunque evitemos hacer una panorámica de los panfletos y libros en el marco de este tipo de bibliografía, debemos distinguir un orden relativo entre tales "rehabilitadores"; una jerarquía relativa de acuerdo con la seriedad de su erudición, en orden ascendente de importancia. Debemos pasar desde los admiradores declarados de Hitler (a menudo personas de una generación anterior que lo conocieron) a rehabilitadores tales como Irving (y Toland, al menos en parte), para llegar a algunos de los argumentos de respetados autores alemanes e historiadores profesionales que aparecieron durante la Controversia de los Historiadores y posteriormente.

---

<sup>5</sup> Un ejemplo: el historiador militar Karl Klee, en la introducción a su estudio de los planes de Hitler para la invasión de Inglaterra, *Dokumente zum Unternehmen 'Seelöwe'*, 2 vols., Gotinga, 1959, I, p. 25: "La tragedia que estaba por venir es que los británicos, que se concentraron sólo en la lucha contra su oponente inmediato, estuvieron dispuestos a aceptar a cualquier socio -esto es, también a la Unión Soviética- en la guerra. [Los británicos] no previeron que su política sólo conduciría al reemplazo de una Alemania fuerte por el poder abrumador de Rusia". John Lukacs, *The Duel...*, pp. 214-215: "Este argumento -que, en esencia, significa una especie de indignación selectiva- atrae a alguna gente incluso hoy día, y no sólo en Alemania. Aquí me veo obligado a corregirlo: no sólo se trata de que sin ese 'socio' los británicos no podían esperar ganar; ese 'socio' fue empujado por la propia Alemania a una alianza con Gran Bretaña. También ocurrió que Churchill tuvo fácil elegir: o toda Europa dominada por Alemania o -en el peor de los casos- la mitad oriental de Europa dominada por Rusia durante algún tiempo; la mitad de Europa era mejor que nada". Hubo periódicos españoles que hasta fecha tan tardía como la década de 1960 escribían en el aniversario de la muerte de Hitler que había "caído a la cabeza de su ejército en la lucha contra el comunismo".

Debemos evitar la discusión, e incluso una lista parcial, de los apologistas más extremados al menos por dos razones. La primera es el limitado círculo de sus lectores: sus libros están publicados por editoriales pequeñas, sectarias y rara vez reputadas; predicán para quienes están ya convencidos o para quienes están preparados y deseosos de ser convencidos. La otra es que curiosamente, o quizá no tanto, los autores de la mayoría de estos libros y folletos "aún están lejos de poder empezar con Hitler". Por ejemplo, apenas hay una mención directa a Hitler en la mayoría de sus desmentidos del exterminio de los judíos y en sus rehabilitaciones, apologías e incluso elogios de instituciones del Tercer Reich tales como las SS. Parece como si fuese un "tema" aún demasiado grande y peligroso de manejar, incluso a pesar de ser evidente que lo admiran. Para los propósitos de este libro son más importantes los recuerdos de aquellos hombres y mujeres que conocían personalmente a Hitler, estaban empleados con él, o estuvieron de algún modo cercanos a él<sup>6</sup> o que han sido (pocos de ellos aún viven, más de cincuenta años después de su desaparición) reticentes a condenarlo, o al menos a poner en peligro su lealtad de modo retrospectivo.<sup>7</sup> Historiadores aficionados buscaron y extrajeron con avidez los recuerdos, escritos u orales de estas personas, a menudo para sus propios fines (como por ejemplo Irving o Toland); aun cuando estos datos tienen sus limitaciones, es de lamentar que, en general, los historiadores profesionales los hayan pasado por alto, al menos algunos de ellos (como por ejemplo las memorias de la secretaria de Hitler Christa Schroeder, una mujer difícil y polémica, anotadas por el ejemplar Anton Joachimsthaler).<sup>8</sup>

Si ensanchamos este círculo llegamos a las memorias y recuerdos de personas más importantes que también estuvieron cerca de Hitler y cuyo objetivo sí *ha sido* explícito: rehabilitarlo.<sup>9</sup> De modo habitual sus libros también han sido publicados por pequeñas casas extremistas, sin apenas eco en una esfera de lectores más amplia. No obstante, algunos de ellos reclaman nuestra atención, en especial el impasible apologista Hermann Giesler, cuyo libro se titula ya de modo muy revelador: *Ein anderer Hitler*<sup>10</sup> (*Otro Hitler*). Giesler

---

<sup>6</sup> Ejemplos: su piloto Hans Baur, su chofer Erich Kempka o su secretaria, Christa Schroeder.

<sup>7</sup> Ejemplos: Friedrich Grimm, Lothar Rendulic, Hans Rudel, Annelise Ribbentrop, Otto Skorzeny, W. von Asenbach o Erich Kem.

Estoy excluyendo las memorias y recuerdos, a menudo valiosos, de las secretarías o asesores militares de Hitler, cuyos propósitos no incluían, ni siquiera de modo implícito, una rehabilitación de su imagen histórica (ejemplos: Hanfstaengl, Engel, Von Below, Puttkamer, Wiedemann y otros). Permítanme destacar, una vez más, que este libro no es una biografía de Hitler.

<sup>8</sup> Christa Schroeder, *Er war mein Chef*, Múnich, 1987.

<sup>9</sup> No incluyo al ya mencionado -y en ocasiones citado- Hans Frank, cuyos escritos, anteriores a su ahorcamiento, no trataban tanto de rehabilitar a Hitler como de contrarrestar las habituales impresiones incorrectas sobre él.

<sup>10</sup> Hermann Giesler, *Ein anderer Hitler*. Subtítulo: *Erlebnisse. Gespräche. Reflexionen* (*Vivencias, conversaciones, reflexiones*). Debo matizar, no obstante,

era arquitecto, un joven admirador y conocido de Oswald Spengler y posteriormente de Adolf Hitler, quien estaba impresionado por el talento y la lealtad de Giesler. Entre sus arquitectos favoritos Giesler era el segundo, sólo por detrás de Speer. Si entre los logros de Speer se cuenta una gran y detallada maqueta de la futura edificación monumental del Berlín central, presentada a Hitler en 1940, entre los de Giesler está una maqueta monumental de la futura Linz que le presentó a Hitler en febrero de 1945, animado por Bormann, quien le dijo que Hitler necesitaba ese tipo de descanso frente a sus formidables responsabilidades.<sup>11</sup> De hecho, esa tarde morbosa de febrero Hitler y Giesler contemplaron y discutieron aquella maqueta arquitectónica de Linz durante muchas horas, hasta bien entrada la noche. El retrato que Giesler da de Hitler es muy positivo. Debe tratarse con cuidado, y no únicamente por los propósitos de su autor. Sus reconstrucciones de numerosas expresiones de Hitler no sólo carecen de referencias, sino que algunas de ellas no son ni verosímiles ni demostrables. Un apéndice significativo -quizá prototipo- del libro de Giesler es una carta del escultor Arno Breker al autor. Breker era un escultor joven, atractivo y con talento que gustaba a Hitler y cuyo libro *París, Hitler et moi* había sido publicado -en París- ocho años antes que el de Giesler. (Breker había vivido en París varios años antes de la guerra; allí tenía numerosos amigos y conocidos, entre ellos Cocteau, Maillol y otros, cuya amistad cultivó posteriormente -y quienes, conscientes de su cercana relación con Hitler, cultivaban su amistad con él- durante la ocupación alemana.) Ese libro no era una apología de Hitler sino una apología de sí mismo, escrita con prisas, con escasos detalles interesantes sobre Hitler<sup>12</sup> y llena de respeto por Albert Speer. Sin embargo, en su carta a Giesler, fechada el 29 de noviembre de 1977,<sup>13</sup> Breker se volvía contra Speer de manera violenta a causa del retrato que había hecho de Hitler.

---

la anterior afirmación acerca de un pequeño círculo de lectores: el libro de Giesler tuvo cinco o seis reimpresiones (anteriormente no había logrado asegurarse un contrato con un editor alemán de más prestigio).

<sup>11</sup> Hermann Giesler, *Ein anderer Hitler*, p. 437: Hitler: "Háblame ahora sobre Linz". Este "descanso" [*Entspannung*] fue la noche posterior a la terrible destrucción de Dresde.

<sup>12</sup> Sin embargo, había abundantes rasgos de la admiración de Breker por Hitler en este libro (*Paris, Hitler et moi*, París, 1931); por ejemplo, p. 180: "Si no hubiera provocado la guerra, Hitler habría pasado a la historia como uno de los más grandes constructores: el alcance de las obras proyectadas para Berlín, Múnich, etc., basta para demostrarlo". También es interesante la insistencia de Breker (ib., p. 129) en que Bormann sabía más de Hitler que ninguna otra persona y, por tanto, en lo lamentable que era que los papeles de Bormann fuesen, "destruidos: éstos, por sí mismos, habrían facilitado la documentación completa [?] del fenómeno de Adolf Hitler".

<sup>13</sup> Algunos pasajes de esta carta (Hermann Giesler, *Ein anderer Hitler*, p. 523): "Su libro ha arrojado una luz sobre numerosas cosas que no conocía; por encima de todas, hasta qué punto fue traicionado Hitler. Hasta hoy no sabíamos lo que había detrás de eso. [...] En la historia hace mucho que no hay nada comparable [a él] [...] una gran personalidad solitaria, que define su época. Estoy convencido de que

Lo que emana de ese libro y de esta carta es la admiración de Giesler y de Breker por Hitler, y su convencimiento sobre su lugar en la historia: la insistencia de estos artistas tanto en la grandeza histórica como en la sensibilidad artística de un genio. Por supuesto, mucho de esto se debe a su afortunada y oportuna relación con Hitler. ¿Debemos atribuir meramente a eso las persistentes convicciones de ambos? No puedo contestarlo. Al mismo tiempo, me atrevo a decir que la violenta hostilidad de ambos hacia Speer plantea una cuestión paralela a la anterior: ¿Fue la "conversión" de Speer únicamente la elección de un oportunista? No lo creo; es más, me inclino a pensar que el propósito de Speer fue expresar e ilustrar con detalle sus convicciones, que admitía que llegaban con retraso, y por tanto hay algo más que oportunismo; ésta es también la razón por la cual los recuerdos de Speer son inmensamente más valiosos y reveladores que los de Giesler o Breker, incluso pese a que algunos de los de este último no puedan pasarse completamente por alto.

Llego ahora al historiador aficionado David Irving, a quien nos hemos encontrado varias veces en este libro. Hemos visto (en el capítulo I) su evolución: de joven simpatizante de Alemania y todo lo alemán a "rehabilitador" de Hitler y, finalmente, a admirador innegable y partidario de éste. Más de treinta años después de sus primeras publicaciones, Irving ha llegado a una etapa de su carrera en la que los editores británicos y estadounidenses parecen reacios a publicarlo. Sin embargo, sería equivocado subestimar su influencia, al menos por dos razones. Una es la amplitud nada despreciable de sus lectores. La otra -más significativa para nuestros propósitos- es que ciertos historiadores profesionales y, en general, respetados se han basado en algunas de las investigaciones de Irving y les han concedido algún matizado elogio.<sup>14</sup> Esto es lamentable, pero no meramente por el carácter deplorable y en muchos casos desagradable de las opiniones de Irving. Pocos comentaristas y críticos de los libros de Irving, incluidos historiadores profesionales, se han molestado en examinarlos con cuidado; si lo hubieran hecho habrían encontrado que muchas de las referencias y las citas de Irving no son verificables. En su *Hitler's War*, por ejemplo, hay numerosas erratas en nombres y fechas y, lo que es más importante, abundan las afirmaciones que no son ni convincentes ni verificables.

---

la prensa está estupefacta [ratlos] ante este fenómeno. Gracias a su extensa documentación, la historiografía se enfrenta a una nueva labor [...] los primitivos y ciegos adversarios de Hitler no saben que allí hubo un hombre que quiso crear una nueva -y arquitectónica- época. [...] El mundo aún está ciego. [...] Su libro atraerá una avalancha de comentarios o será silenciado por completo".

<sup>14</sup> Ejemplos: Nolte, Zitelmann y el inglés Charmley. Las referencias favorables a Irving de éste último están enterradas en algunas de sus densas notas. Véase también John Keegan, p. 220, nota 47.

Ambas cuestiones están relacionadas, ya que hay una pista acerca del método de Irving que surge de su uso del lenguaje. Uno de los hábitos retóricos de los defensores ideológicos es el uso enfático de los adverbios y los adjetivos, que no emplean como modificadores, sino que portan la fuerza principal de sus afirmaciones. Se convierten en sustitutos retóricos de las pruebas. Así, en la prosa sin pausas de Irving Hitler "*evidentemente* hizo alguna promesa acerca de los judíos" (no hay pruebas tan evidentes); el general Schörner obtuvo en abril de 1945 "una *convinciente* victoria" (no fue una victoria y no convenció a nadie); en 1939 el ejército polaco estaba "reunido en Posen *con optimismo*" (un calificativo curioso en un escritor inglés, pero el ejército polaco ni estaba reunido en Posen ni era optimista); en 1941 Stalin "*obviamente* había hecho planes para una inmensa ofensiva sobre Europa" (al contrario, Stalin era tan temeroso de Hitler que ordenó a los militares soviéticos no tomar medidas defensivas ya que podían irritar a Hitler, y cuanto menos "ofensivas"). Esta última afirmación, por ejemplo, aparece en la página 285 de *Hitler's War*. Hasta donde alcanzan las pruebas para esa afirmación, no hay ninguna que pueda considerarse de peso, siquiera de modo remoto, incluidas las referencias en las propias notas de Irving. Otro Irving (Washington) les dijo a sus lectores en *Tales of a Traveller*. "Siempre tengo la duda de cuánto creer de mis propias historias". Esta sensación de duda no se advierte en David Irving.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Ejemplos de David Irving, *Hitler's War*, p. 6, sobre la invasión de Polonia: "[...] aquellos eran campos empapados de sangre alemana, antiguas tierras alemanas que volvían a estar de nuevo bajo dominio alemán". "Aparentemente convencidos de que los tanques alemanes eran sólo marionetas de hojalata, la caballería polaca los atacó con las lanzas en ristre." (Una leyenda refutada hace mucho por los historiadores militares.) Varsovia, octubre de 1939, ib., p. 28: " [ ...] cuando [Hitler] vio el banquete que el ejército le había preparado en el aeródromo, o bien su estómago se revolvió o su instinto contra la mala publicidad le previno de sentarse en la vasta mesa en forma de herradura, con una mantelería blanca inmaculada y alimentos suntuosos, en un momento en que cientos de miles de habitantes de Varsovia pasaban hambre." (Sin fuente.) p. 61: "Había pruebas claras de una concentración de tropas rusas que podían ser espoleadas contra Alemania" (¡en octubre de 1939! Ni una brizna de tales pruebas). Ib., p. 156: A comienzos de agosto de 1940 en el Berghof, entre amigos íntimos, Hitler "a menudo pensaba en voz alta [...] construiría grandes autopistas que se prolongaran al Este, nuevas ciudades; el día de la victoria las gentes de Berlín bailarían en la Wilhelmsplatz y después comenzaría la reconstrucción de Berlín. Sería misericordioso y magnánimo con los vencidos jefes de Estados enemigos, incluso con Churchill, a quien 'le daría permiso para pintar y escribir sus memorias'". (No hay fuente para esto.) Ib., p. 348: "Cómo debió de maldecir Hitler al Estado Mayor por haberle involucrado en la campaña de Moscú". Ib., p. 391: "No parecía una casualidad que los judíos estuvieran detrás del movimiento de resistencia que estaba extendiéndose por todos lados". Acerca del discurso de Hitler el 30 de septiembre de 1943, ib, pp. 428-429: "Habló al pueblo alemán por primera vez en muchos meses, se disculpó por haber tenido menos tiempo para elaborar su discurso que un primer ministro, que podía permitirse viajar durante semanas por todo el mundo con una camisa de seda blanca y un sombrero caído de ala ancha, o con cualquier otro ridículo atuendo". (Hitler no dijo esto.) Sobre el

En su introducción a *Hitler's War*, Irving dice: "Me veo como un limpiador de piedra, menos preocupado por una valoración arquitectónica subjetiva y verbal que por fregar años de suciedad y amarilleo de la fachada de un monumento callado e imponente [...]. Creo que este martilleo ha revelado una imagen del hombre que hasta ahora nadie había sospechado [...]" . Merecen todo el crédito - y honor- aquellos historiadores, en su mayoría alemanes, que han considerado su deber el investigar -literalmente: *re-search* (volver a buscar)- y refutar en consecuencia los "documentos" y argumentos de Irving, no sólo concentrándose en las tesis moralmente cuestionables de Irving, sino señalando de modo cuidadoso los errores de interpretación de sus "fuentes".<sup>16</sup>

La obra del periodista estadounidense John Toland apenas puede compararse con el retrato de Hitler dado por Irving. Sin embargo, la admiración de Toland por Hitler se filtra en muchas de sus páginas y su documentación también es inadecuada.<sup>17</sup>

---

resultado de Stalingrado, ib., p. 453: "La culpa del desastre fue desviada hacia Hitler. En años posteriores algunos mariscales de campo amañaron sus memorias, se sacaron de la manga diarios falsos, se suprimieron frases inculpatorias del diario de guerra del OKW y se introdujeron juicios 'contemporáneos' sobre el liderazgo de Hitler". Acerca de los conspiradores de julio de 1944, ib., pp. 704-705: "Su reacción ante la noticia de la 'muerte' de Hitler habría sido una orgía con champán hasta bien entrada la noche". Hay numerosas afirmaciones que elogian a Hitler y desacreditan a sus generales. (Un ejemplo extraño: un solícito Hitler prefiere comer con sus taquígrafos, haciendo esperar a sus generales hambrientos.) Otras: en 1941 y 1942 la rigidez de algunos generales frustró los planes racionales de Hitler para una victoria en Rusia; Hitler predijo por dónde atacarían los rusos en Stalingrado y Vorónezh, mientras que sus generales fallaron; en ocasiones Hitler prefería no hablar con vehemencia a sus comandantes, especialmente a los de origen aristocrático. Otro ejemplo: Irving trata sobre la reunión de Szálasi líder húngaro de las Cruces y Flechas, con Hitler en diciembre de 1944. Según Irving, aquél estuvo supuestamente de acuerdo con una agria defensa (y potencial destrucción) de Budapest, mientras que Hitler no trataría de pactar con Stalin; el caso fue al contrario: Szálasi esperaba un acuerdo de última hora entre Hitler y Stalin. En esta obra de David Irving hay también numerosas referencias a "archivos húngaros de Budapest" sin ubicación, fechas o números de archivador o página. Esta no es más que una muestra al azar de los "métodos" de Irving.

<sup>16</sup> Incluso la antigua secretaria de Hitler, Christa Schroeder, a quien Irving cita a menudo y que le había dado a éste información y papeles, escribió: "[...] ni siquiera el 'serio' y 'reputado por honesto' David Irving es inmune contra las imprecisiones [...] así que debo decir que también David Irving me ha decepcionado". En *Er war mein Chef*, Múnich, 1987, p. 26 y ss.

<sup>17</sup> Véase el capítulo I . Ejemplos de Toland, *Adolf Hitler*, p. 262: En 1932, "en medio de la confusión de la nación [Hitler] parecía firme como una roca, insistiendo, sólo en lo que era mejor para Alemania". Ib., p. 226: "Numerosos besos en la mano le aseguraron una devoción de por vida entre las mujeres; los hombres se tranquilizaban con su firme estrechar de manos, con su acercamiento entrañable de hombre a hombre". Acerca de 1938, citando a Schwerin-Krosigk, ib., p. 470: "[...] sólo podemos ganar mediante la espera. Por esa razón los comunistas, los judíos y los checos están haciendo semejantes esfuerzos por empujarnos ahora a una guerra". De su carta a Toland, p. 973. Acerca de la conferencia de Hitler el 23 de mayo de 1939. "Esta no fue la diatriba irracional de un hombre poseído por un deseo de conquista, sino un reconocimiento de que



En su resumen y valoración de la Controversia de los Historiadores, el historiador inglés Richard J. Evans escribió:<sup>18</sup> "En última instancia, todo el debate tiene poco que ofrecer a quien tenga un interés académico serio por el pasado alemán. No saca a la luz nuevos hechos, no incorpora nueva investigación, no hace ninguna contribución nueva al conocimiento histórico, no plantea nuevas preguntas que puedan estimular trabajos futuros. No es de extrañar que algunos comentaristas de la discusión hayan querido detener todo el asunto y hacer que los historiadores volvieran a escribir verdadera historia". (O lo que sea eso.) "Pero el debate es más que una diversión. Tiene implicaciones obvias sobre la manera en que es escrita la historia." Esto es demasiado vago y demasiado amplio. El "Historikerstreit" no tenía nada que ver con los métodos de escritura de la historia. Sus "implicaciones obvias" eran (y siguen siendo) que respetables historiadores profesionales alemanes habían llegado a plantearse que era apropiado reconsiderar el lugar del Tercer Reich - y, al menos de modo indirecto, el de Hitler- en la historia de Alemania y de Europa en el siglo XX.<sup>19</sup>

Ernst Nolte, cuya contribución encendió la Controversia de los Historiadores, ha presentado en múltiples libros<sup>20</sup> y artículos una

---

Alemania no podría continuar como una gran nación sin la guerra". Sobre agosto de 1939, ib., p. 568: "Los polacos nunca consideraron ni por un momento aceptar las propuestas alemanas". Ib., p. 524: "La acusación de Hitler de que las posibilidades de un acuerdo pacífico con Polonia habían sido agotadas no carecía de fundamento" Ib., p. 619: en el verano de 1940, Hitler fue "magnánimo" con Francia. Ib., p. 621: el discurso de Hitler del 19 de julio "comenzó con un ataque burlón a Churchill" y prosiguió con una oferta de paz a Gran Bretaña. El orden de ese discurso fue justo el contrario. Numerosas atribuciones erróneas similares, incluida una cita del papa Pío XII en ib., pp. 674-675: dejó claro que respaldaba la lucha nazi contra el bolchevismo al describirla como "una noble galantería en defensa de los fundamentos de la cultura cristiana". No existió tal afirmación por parte del papa.

<sup>18</sup> "The New Nationalism and the Old History. Perspective on the West German Historikerstreit" en *Journal of Modern History*, JMH, diciembre de 1987, p. 785.

<sup>19</sup> Una extraña nota de Evans en "The New Nationalism and the Old History. Perspective on the West German Historikerstreit", JMH, diciembre de 1987: en Alemania "la reunificación simplemente no es una posibilidad realista, y hablar de ella o proponer argumentos históricos en su favor es permitirse el lujo de fantasear con la política". Ocurriría dos años después, y no era por completo imprevisible en 1987.

<sup>20</sup> Desarrolló y repitió esta tesis en varios de sus últimos libros: *Der europäische Bürgerkrieg*, 1987; *Geschichtsdenken im 20. Jahrhundert*, 1991 [hay traducción española: *Después del comunismo: aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*, Barcelona, 1995]; *Streitpunkte. Heutige und künftige Kontroversen um den Nationalsozialismus*, 1994, en el que encontramos: "la grandeza y la tragedia del nacionalsocialismo [...] fue un extraordinaria respuesta [...] debemos reconocer su grandeza". Anteriormente Nolte también encontró apropiado hacer referencias favorables a David Irving y a David Hoggan (un precursor de Irving), cuyas contribuciones eran "útiles", (Piper, ed., *Historikerstreit*, pp. 19, 25) y posteriormente incluso al ingeniero estadounidense Fred Leuchter quien "demostró" que no podía haber existido ningún asesinato con gases en Auschwitz.

explicación muy dudosa del Tercer Reich (y, de nuevo indirectamente, de Hitler): que el nacionalsocialismo y sus delitos fueron una consecuencia de la Revolución Rusa y su terror. "¿No precedió el 'archipiélago Gulag' a Auschwitz?" "El exterminio de la burguesía rusa" y el de los "kulaks" precedieron al exterminio de los judíos de Hitler; éste último no sólo era equivalente, sino una consecuencia del primero. "El nacionalsocialismo [...] fue la reacción radical al triunfo de la ideología bolchevique en Rusia en 1917."

Este tipo de argumentación -más que eso, este tipo de perspectiva histórica- requiere atención, aunque sólo sea porque coincidía (y aún coincide) con la de numerosos "conservadores" y "neoconservadores", no sólo de Alemania, sino también de cualquier otro lugar. Esto incluye a los Estados Unidos, donde durante la "Guerra Fría", e incluso actualmente, muchos ven la revolución comunista en Rusia como el punto de inflexión de la historia del siglo XX, que conduciría a la lucha mundial entre el comunismo y la "libertad", en cuyo seno la Segunda Guerra Mundial y Hitler no fueron más que un episodio aberrante. (Esta fue, al principio, la tesis de James Burnham y William F. Buckley: "En 1917 la historia cambió de engranajes" -cualquiera que sea el significado de eso-) Esta visión de la historia no sólo consiguió numerosos adeptos (incluidos muchos antiguos trotskistas "neoconservadores" en la década de 1970), sino que no dejó de ser un importante elemento en la formación de la ideología básica del Partido Republicano tras 1948, llegando finalmente a alzar a hombres como Ronald Reagan al poder. Carece de todo sentido y, desviándome del tema principal de este capítulo, me veo obligado a resumir por qué: 1) Los acontecimientos principales del siglo fueron las dos guerras mundiales, de las que la revolución comunista de 1917 en Rusia y el establecimiento de regímenes comunistas en Europa del Este tras 1945 no fueron más que consecuencias. 2) Incluso en 1917, el mayor acontecimiento (es decir, el de mayores consecuencias) no fue la Revolución Rusa -que significó la retirada de Rusia de la guerra- sino la entrada estadounidense en ésta, tanto a corto como a largo plazo. A corto plazo no fue la salida de Rusia, sino la entrada de los Estados Unidos lo que decidió el resultado de la Primera Guerra Mundial; a largo plazo esto supuso una ruptura con la tradición estadounidense de no inmiscuirse en los conflictos del Viejo Mundo. 3) En todo caso, la historia del siglo ha mostrado la norteamericanización del mundo, más que su rusificación o un predominio del comunismo. 4) El fracaso del comunismo para establecerse en cualquier otro lugar distinto de Rusia después de 1917 y hasta 1945 (justo al contrario que la Revolución Francesa o Americana) y el hundimiento del imperio ruso después de 1989 han sido pruebas suficientes de la debilidad de su atractivo, especialmente en Europa.

En el interior de Alemania tal vez sea lamentable que en 1986 el canciller Kohl invitara a Nolte a formar parte del Kuratorium (Junta Directiva) de una nueva Haus der Geschichte (Casa de la Historia).

Asimismo Nolte fue defendido en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (3 de marzo 1988) como "uno de los pensadores más originales de la Alemania actual" y, en ocasiones, también por Joachim Fest. En 1994, en una entrevista con Rudolf Augstein (editor de *Der Spiegel*), Nolte dijo: "Hitler no sólo fue un ideólogo, sino que [...] la Segunda Guerra Mundial fue prácticamente una guerra de unificación europea [...]. Puede concebirse a Alemania como el Piamonte de Europa".<sup>21</sup> Klaus Hildebrand, uno de los defensores de Nolte en el "Historikerstreit", escribió: "A la historiografía le queda mucho trabajo para investigar y presentar la historia del Tercer Reich en relación con la historia alemana, europea y universal".<sup>22</sup> En el "Historikerstreit" ese intento lo hizo Andreas Hillgruber. Su defensa de lo que he llamado teoría de la guerra dual contribuyó en 1986 al súbito estallido de la Controversia de los Historiadores. En *Zweiterlei Untergang* (1986) alabó la desesperada defensa del frente del Este en 1944-1945 "por mantener íntegra la condición de gran potencia del Reich alemán que, según la voluntad de los aliados debía ser destruida".<sup>23</sup> Según Hillgruber, en esa lucha también merecen respeto y admiración los principales oficiales nacionalistas y las unidades de las SS (incluidos los voluntarios flamencos, holandeses y otra unidades de las SS). Al igual que Nolte, Hillgruber habló de la "concepción europea" de las SS. Una segunda cuestión -para mí más preocupante- fue la reticencia de Hillgruber a elogiar el patriotismo de los conspiradores contra Hitler de julio de 1944 (esto es significativo dado el consenso alcanzado en la República Federal de Alemania, que se identificaba de modo oficial con el patriotismo de los oponentes, los integrantes de la resistencia y los mártires de 1944). Hillgruber expresó su simpatía por los comandantes del frente del Este que no habían apoyado la conspiración de 1944. Su

---

<sup>21</sup> Piamonte fue el Estado desde el que se desarrolló la unificación de Italia, con un papel comparable al de las trece colonias en la historia de los Estados Unidos. También hemos visto (pp. 256-257, nota 10) que Nolte equivocó la fecha y el sentido de una carta de Chaim Weizmann a Neville Chamberlain en 1939 (la había encontrado en Irving, quien a su vez la había recogido de una de las conversaciones de sobremesa de Hitler). Otro ejemplo: las recurrentes referencias de Nolte a la jaula de ratas (*Rattenkäfig*), la práctica bolchevique de introducir la cabeza de una víctima en una jaula habitada por una rata furiosa. Presuntamente Hitler había hablado de ello en una de sus conversaciones de sobremesa. Sin embargo, había sido mencionado con anterioridad por un excelente historiador de la Revolución Rusa contrario a los bolcheviques (Melgunov) y descrita posteriormente por George Orwell en 1984 -Nolte parecía no saber nada de éstos-. "El horror [de Hitler] ante la jaula de ratas no fue más que la expresión destacada de una experiencia general y genuina del primer período de posguerra. Creo que allí podemos encontrar la más profundas raíces de las acciones impulsivas más extremas de Hitler". Nolte en Piper, ed., *Historikerstreit*, p. 226. ¿El origen de la rata?

<sup>22</sup> Ernst Reinhard Piper, ed., *Historikerstreit* p. 292.

<sup>23</sup> Ernst Reinhard Piper, ed., *Historikerstreit* p. 341. Hans-Ullrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum "Historikerstreit"*, p. 48. Hillgruber acusó a los enemigos de Alemania no sólo de haber provocado la catástrofe alemana sino por "un centro de Europa destrozado".

distinción entre dos términos alemanes, creada apresuradamente por él mismo (Hillgruber era un estilista más bien pobre), era sugerente. Hombres como Stauffenberg eran "Gesinnungsethiker" (moralistas convencidos o sentimentales; en alemán "Gesinnung" puede tener los dos significados) mientras que los combatientes desesperados en el Este eran "Verantwortungsethiker" (moralistas responsables); apenas se pueden traducir, pero el significado esencial es obvio: puede que Stauffenberg y los conspiradores contra Hitler fuesen moralistas, pero los otros actuaron como hombres moralmente responsables. Por último, y por ello menos importante, están las pequeñas pero tal vez indicativas pruebas de que Hillgruber en ocasiones se alinea con la extraordinaria tesis de Nolte y en otras ocasiones da un cauto reconocimiento a Irving.<sup>24</sup> En defensa de Nolte y de Hillgruber debe decirse, con toda franqueza, que si bien puede que en algunos de sus escritos haya elementos implícitos de una rehabilitación de Hitler, no parece que su propósito haya sido ese. Estuvieron movidos por una acritud apasionada contra lo que les parecía un consenso antinacionalista desafortunadamente amplio -y no obstante equivocado- entre los historiadores alemanes. No querían rehabilitar, sino explicar, pero muchas de sus explicaciones suponían una manera de relativizar que debería ser rechazada. Nolte y Hillgruber, así como la mayoría de sus partidarios y seguidores, no son admiradores de Hitler sino defensores de Alemania y de la historia del pueblo alemán durante el Tercer Reich. No obstante, puesto que la historia del Tercer Reich es inseparable de la de Adolf Hitler, es inevitable que (al menos en ocasiones) se encuentren a sí mismos defendiendo también a Hitler.

El caso de Rainer Zitelmann es algo distinto. Es significativo que Zitelmann -toda una generación más joven que Nolte y Hillgruber, y sin haber formado parte de la Controversia de los Historiadores- comenzara la segunda edición de su relevante *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs* con un estridente prefacio que denunciaba a los historiadores que habían criticado a Nolte y Hillgruber durante el "Historikerstreit".<sup>25</sup> Esto, así como su carrera posterior, reveló las inclinaciones políticas e ideológicas de este

---

<sup>24</sup> Hillgruber en *Reinischer Merkur*, 31 de octubre de 1986: Los asesinatos en masa de judíos "no pueden juzgarse cualitativamente diferentes" de las deportaciones y los asesinatos en masa de los campesinos ucranianos por parte de Stalin. En FAZ, 18 de junio de 1979, Hillgruber publicó una recensión crítica y sensata de uno de los libros de Irving; sin embargo, señalaba, la recolección de papeles "supone un mérito, en ningún caso pequeño, de Irving". Tal vez sea significativo que no se encuentre ese tipo de matices en los violentos ataques de Hillgruber contra Habermas, Wehler, Jäckel y otros durante el *Historikerstreit*.

<sup>25</sup> Zitelmann había acabado su manuscrito a comienzos de 1985; el *Historikerstreit* tuvo lugar en 1986; la primera edición de esta obra (*Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*) se publicó en Múnich en abril de 1987, y este prefacio fue escrito para la segunda edición en octubre de 1988.

joven historiador de talento que abandonó sus perspectivas profesionales universitarias (en potencia muy prometedoras) por una carrera en el periodismo y la política. Lo cual, en sí mismo, no es necesariamente lamentable; hemos visto que algunas de las contribuciones más valiosas a nuestra comprensión de Hitler las han escrito hombres que no eran historiadores profesionales universitarios. No obstante, a lo largo de este libro también hemos visto que muchas de las afirmaciones de Zitelmann indican no sólo su serio y elogiado propósito de presentar y sostener un retrato de Hitler más variado y complejo de lo que generalmente se ha asumido, sino que en ocasiones no hay una verdadera distinción entre su "revisión" y una especie de rehabilitación. Así lo sugieren algunas de sus afirmaciones -cuestionables y erróneas- sobre la política exterior de Hitler,<sup>26</sup> así como (lo mismo es cierto de Hillgruber) sus reservas acerca de los conspiradores contra Hitler de julio de 1944. Según Zitelmann, los motivos de éstos eran mixtos: "Jugaron un papel los motivos religiosos y éticos o morales y la preocupación por el futuro de Alemania, así como su antipatía [*Widerwillen*] hacia el socialismo de Hitler" -un resumen injusto de un nacionalista "neoconservador" acerca de los propósitos de aquellos conservadores, nobles y patriotas, de una generación anterior-. Más de un cuarto de siglo antes de que hiciera erupción el "Historikerstreit", el periodista suizo F. Allemann escribió un reflexivo libro titulado *Bonn ist nicht Weimar* (*Bonn no es Weimar*). Su objetivo era enfatizar sobre la estabilidad política y social de la Alemania Occidental. Señaló numerosas pruebas de cuánto más sólidas y saludables eran tales condiciones e instituciones, comparadas con las de la República de Weimar, y lo improbable que era, por tanto, que la República de Bonn sucumbiera a extremismos. El libro de Allemann no era simplemente un panfleto político, ni tampoco era de un optimismo iluso; es más, la mayoría de sus comparaciones siguen siendo válidas hasta hoy, más de cuarenta años después de su publicación, con un Estado alemán bastante diferente y hoy reunificado. No obstante, hay una importante excepción a la tesis general de Allemann. Desde el punto de vista *cultural*, hubo similitudes entre Bonn y Weimar. Por supuesto, en un sentido, o mejor, en un nivel, éste ha sido un fenómeno mundial. El culto -y a

---

<sup>26</sup> Ejemplos en Rainer Zitelmann *Adolf Hitler: Eine politische Biographie*, p. 108: en marzo de 1939 "en Inglaterra se hicieron fuertes las voces partidarias de una política severa contra Alemania". Ib., p. 109: las propuestas de Hitler a Polonia en agosto de 1939 fueron "más generosas y moderadas que toda la política respecto a Polonia de la diplomacia de Weimar". Ib., p. 113: "Hitler no quería la guerra, fue obligado [?] a firmar una alianza con la Unión Soviética". En el verano de 1940, "en vista de la psicosis bélica dominante en Alemania, para Hitler no era en absoluto fácil hacer tal oferta de paz a Gran Bretaña". Ib. p. 146: "Inglaterra mostró su reticencia a una alianza" con Alemania. Ib., p. 141: "La tesis de Hitler de que Inglaterra estaba siguiendo una política de liquidación de su imperio y que permitía heredarlo a los Estados Unidos fue recibida con oídos entusiastas en los círculos conservadores [ingleses]". No fue así.

menudo la excesiva admiración- por el arte y la literatura del "modernismo" de los años veinte ha persistido durante las últimas décadas (quizá de un modo especial en la década de 1960, en la que no hubo mucho más que ejemplificaciones y aplicaciones excesivas de las ideas, formas y modas predominantes en la de 1920). Difícilmente podía Alemania Occidental quedar exenta de esta tendencia cultural general. No obstante, aquello que había sido particular de la Alemania de Weimar era la existencia de una brecha, en aquel momento insalvable -no sólo en lo político o lo social, sino también en lo intelectual y cultural- entre los sectores conservador-nacionalista y el radical-liberal y cosmopolita. Así, lo que reveló la Controversia de los Historiadores en la década de 1980 fue la aparición de una división entre los historiadores, pensadores políticos, publicistas y comentaristas alemanes, con una composición de los diferentes sectores que si no era idéntica a la de la década de 1920 tampoco era del todo distinta; el curso de la controversia reveló -lamentablemente- que tal brecha puede ser aun insalvable. La acritud de la controversia fue una prueba suficiente de esto.<sup>27</sup> A diferencia de la década de 1920, los historiadores cuyos escritos provocaron la controversias (Nolte, Hillgruber), sus partidarios (Hildebrand, Fest, Stürmer) y sus sucesores (Zitelmann) se quejaron de que la universidad y la profesión histórica alemanas seguían estando dominadas por una intelectualidad de tendencia izquierdista y antinacionalista, que hacía sus mejores esfuerzos (o, más bien, peores) para denigrar a sus oponentes y, al menos de modo indirecto, a la historia de su país. Detrás de tales afirmaciones agitadas pueden detectarse sugerencias de una conspiración,<sup>28</sup> y una conspiración no sólo de carácter académico, sino antinacional. En su entrevista con el historiador sueco Alf W. Johansson, en noviembre de 1992, Zitelmann dijo que la Controversia de los Historiadores acabó con un triunfo de las fuerzas "izquierdistas liberales". "Desde el punto de vista político, esto significa que los conservadores son más bien defensivos y no están unidos." No obstante, "esto tiene que ver más con las circunstancias académicas que con la situación intelectual en Alemania, en la que ahora, naturalmente algunos años después de la Controversia de los Historiadores, se está dando en realidad un cierto cambio, puesto que los círculos izquierdistas ya no están en la ofensiva sino, al contrario, se encuentran en crecientes dificultades". A pesar de todo,

---

<sup>27</sup> Considérese el lenguaje. Ejemplos: Hillgruber: "Un escándalo científico", "Campaña de difamación" [Rumfordkampagne] (Piper, ed., *Historikerstreit*, p. 233). Stürmer: "Una lista de proscritos", "Juicio sumarista" (Hans-Ullrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum "Historikerstreit"*, 92 y ss.). Fest: "Ritual que contraviene 'la libertad de plantear preguntas'" (ib., p. 127). La vehemencia de la otra parte no fue menor: un ejemplo extremo es el de la entusiasta publicista Elie Wiesel, que denominó a Nolte, Hillgruber, Hildebrand y Stürmer "los cuatro bandidos [Viererbände]".

<sup>28</sup> "En Alemania existe un monopolio [*Meinungsmonopol*] de la opinión [pública]", Zitelmann, citado en *Die Woche*, 15 de junio de 1995.

muchos (si no la mayoría) de los críticos de Nolte y Hillgruber no eran izquierdistas o radicales. Sin embargo, Zitelmann probablemente tiene razón sobre la existencia de un cambio en el clima político e intelectual, con ecos y efectos potenciales sobre las generaciones más jóvenes e incluso entre los futuros historiadores. Esto es evidente, entre otras cosas, en la introducción de Fest a la nueva edición de su biografía de Hitler en 1995, en la que habla contra la aceptación y la observancia de "tabúes" acerca de Hitler.<sup>29</sup> Es probable que nos enfrentemos a más revisiones del retrato de Hitler, en el mejor de los casos, y a intentos más extendidos de rehabilitación, en el peor.

---

<sup>29</sup> Reimpreso en FAZ, 7 de octubre de 1995 (véase también el prefacio de la presente obra, pp. 11-12). El término "tabúes" fue empleado por Zitelmann en *Die Welt*, 18 de diciembre de 1993.